



La antropofagia de Jorge Edwards

RAMÓN A. CIFUENTES GREZ S.J.

Hace dos años entré, en Concepción, a una librería y pregunté: "¿Tiene *Persona non grata*, de Edwards?" El dueño bajó la voz, y con un dejo de culpabilidad, me respondió: "Ese libro NO está permitido traerlo".

Confieso que entonces aumentaron mis ganas de leerlo. Hace algún tiempo acudí a la misma librería y lo he leído y releído y... comprendo por qué estaba prohibido traerlo.

Comprendo que un ex alumno de los jesuitas no haya soportado el soplonaje de la isla caribañera, que otro ex alumno de los mismos jesuitas allí lo impone. (Una cosa es recibir un pisotón y... otra, el darlo). Puede ser, en efecto, que algunos ex alumnos de los jesuitas pierdan la fe; pero resulta más caro que pierdan totalmente el sentido de la dignidad humana: la convicción de los "derechos humanos", ¡al menos, cuando les toca a ellos!

Hay en el libro de Edwards un sentido de equilibrio entre sus críticas al régimen de "seguridad totalitaria" y sus complacencias con la revolución que "hace entrar en la historia", que va ganando al lector y toma más acerba su crítica.

Dos pasajes me llamaron especialmente la atención: la visita de la *Esmeralda* y su última conversación -yo diría alegato- con Fidel, en esa noche y madrugada, antes de partir de Cuba. Tal vez en uno y otro pasaje se siente punzado el chileno, en lo más íntimo de su dignidad humana herida. En el primer caso, la *Esmeralda* le evoca todo lo que Chile ha sido siempre y lo siente más, en contraste con la intromisión constante y solapada de ese poder omnipotente y agobiante del Estado. Y en el segundo caso: el postor alegato con Fidel, el aristócrata defiende su sinceridad revolucionaria, que según él -y piensa bien- puede aliarse con una actitud crítica.

Creo que resulta muy explicable el éxito del libro: numerosas traducciones que va teniendo y... también los silencios, que, de uno y otro extremo, se producen a su alrededor, es un dedo acusador de *malos* y no de *doctrinas*.

Aunque el autor es prolijo en detalles, en ambos pasajes: la visita de la *Esmeralda* y su alegato nocturno con Fidel; no obstante, noto que deja en el silencio hechos que difícilmente pudo ignorar. Edwards cita el baile de las jovencitas cubanas con los cadetes; los regalos espléndidos de Fidel a los marinos de la *Esmeralda*: camarones intensos, torrijas y quesos...; pero olvida, o ignora, otros hechos acaecidos también allí, en la *Esmeralda*, y protagonizados por esos mismos marinos chilenos. Olvida o ignora que las muchachas cubanas manifestaron más interés en comer que en bailar. ¿Sería una táctica de la "seguridad", para soltar las lenguas de los marinos? Si así fuera, concordaría con la versión Edwards.

Olvida Edwards que los marinos regalaron comida a las chicas cubanas y que, también -asombrados por el hambre descubierta en La Habana- bajaron del barco con muchos alimentos que repartieron entre la población. No es extraño, pues, que ese fogonero de la "Esmeralda" haya dicho: "Se le maquinó la maniobra al compañero Allende..." (pág. 296).

En realidad, fue muy penosa la impresión recibida por los marinos chilenos en ese viaje a La Habana.

Yo conocí esas impresiones y publiqué, en *La Tercera* un artículo, el 22 de setiembre de 1972, con el título: "Los oficiales cubanos no querían bailar". Dije entonces:



"es probable que por obligación oficial, me desmientan", pero no fue así.

Nadie me desmintió.

Yo lo sabía por un testigo ocular.

También supe lo desagradable que era para los cubanos aceptar algún regalo. Uno de los oficiales de la *Esmeralda* regaló a una niña un libro de poesías y, al recibirla ella, después de haberse negado varias veces, escuchó la severa admonición que a sus espaldas hacía un guardia: "Tendrá que entregárselo antes de leerlo". Esta anécdota quise publicarla antes que Allende fuera a la isla y mandé mi artículo a *La Tercera*; pero sólo fue publicado después del viaje presidencial. El título fue: "Si vas para Cuba..." (26-XII-72).

Algunos silencios de Edwards me sugieren un anhelo de reconciliación con Fidel, eco de aquél: "espero que nos volvamos a encontrar..." que leemos al final del agrio alegato nocturno, en vísperas de su salida (pág. 380).

Quizá Edwards no ha experimentado hasta dónde el poder corrompe y sobre todo un prolongado y omnívoro poder. Los que lo han defendido, no perdonan y se creen con derecho indiscutido a una sumisión total. Ni el sexo, ni el dinero, ni el juego... corrompe tanto como el poder.

"Los muchachos estaban golpeados (dice Edwards refiriéndose a los marinos de la *Esmeralda*), abrumados por la experiencia, como si se hubieran asomado en Cuba a un futuro sombrío que ellos creían que esperaba inevitablemente a Chile..." (pág. 263.)

"Había una cubana -prosigue Edwards- que yo conocía, que se había emparejado en esos cinco días con uno de los oficiales. Había llevado a su hija de meses al barco. De pronto, se me acercó y me dijo, con su boca gruesa y su acento profundamente cubano: 'Quiero pedirle un gran favor. ¿Quiere usted ser testigo del bautizo de mi hija?' (ibidem).

Edwards aceptó y lo hizo bien y el bautismo emocionó al incrédulo ex discípulo de los jesuitas del San Ignacio de Alonso de Ovalle.

"En ese momento descubrí el sacramento del bautismo como primer rito de iniciación de las tribus cristianas, más allá del estrecho aspecto dogmático que me habían enseñado los jesuitas. Comprendí que después de esa iniciación viene lógicamente la confirmación, con su palmada aleccionadora, y la comunión, con su antropofagia simbólica (pág. 284.)

"Después de las emotivas ceremonias, uno le dijo a Jorge Edwards que alguien le había quitado bruscamente de las manos de la mujer un alfiler y lo había examinado..." (pág. 285).

Parecía cierto que era un micrófono...

(Una nueva traición del régimen!)

Edwards no lo quiere creer.

(Ya había sido tan maltratado como hombre! Perseguido, humillado, escuchado por micrófonos ocultos, invitado con zafanería, invitado a confidencias traidoras..., que la petición de la cubana parecía demasiado).

Edwards se emociona con el bautismo y habla de antropofagia simbólica, respecto a la comunión.

Hay veces que los sustantivos resultan atrevidos y... los adjetivos, saqueadores, porque vacían al sustantivo, en vez de calificarlo. Como en el caso de hablar de "democracia protegida", en que ni se habla ya de democracia, ni de protección, porque esa unión ha extrapolado ambos términos. Así también en el caso de Edwards y su antropofagia simbólica.

Habría falta una larga explicación y quizá no sea el caso de intentar. Reconozco que no es fácil explicar la presencia real misteriosa de Cristo en la comunión; pero hay que notar muy claramente que esa presencia real NO es una realidad natural, sino sobrenatural; NO es una presencia natural, extensiva-espacial; sino una presencia sacramental, que se acerca más a la presencia gloriosa del cuerpo resucitado, que a la presencia de Cristo en las calles de Nazaret, que... no basta saber que en la comunión está Cristo, para saber ya, cómo esa presencia se realiza, que... para uno que no tiene fe, ¡es algo así como pretender explicar el color a uno que no goza de la visión!

Al menos, es bueno saber que la cosa es más seria de lo que a Edwards le puede parecer. Es un drama tan hondo como el que tuvo que sufrir en Cuba, en la Cuba de sus sueños revolucionarios, que terminaron declarándolo "persona non grata".

No podríamos hablar de una revolución antropofágica?

¡Ojalá todos los que lean estas páginas tan interesantes puedan digerir ese alimento!

AUTORÍA

Cifuentes Grez, Ramón Angel, 1917-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La antropofagia de Jorge Edwards [artículo] Ramón A. Cifuentes Grez S.J. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile